

póstumas de Quevedo, no de las menos utiles que produjo su admirable ingenio y sabiduria.

El de 1772 se repitió esta impresion por Don Joaquín Ibarra en los mismos seis tomos en 4.º Aora siguiendo esta última edicion, se da al público la presente en mas número de volúmenes, mas cómodos y mas proporcionados para el uso y manejo de los lectores. Tambien se darán algunas obras del mismo Don Francisco, que antes no se habian publicado con las demas, por no defraudar á los curiosos de unos escritos que tantos años han estado en la obscuridad, y pueden servir de instruccion y honesto entretenimiento.

EL

EL SUEÑO  
DE LAS CALAVERAS.

AL CONDE DE LEMOS,

PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de V. E. van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva V. E. para honra de nuestra edad.

D I S C U R S O.

Los sueños dice Homero que son de Júpiter, y que él los envia: y en otro lugar, que se han de creer: es asi, quando tocan en cosas importantes, y piadosas, ó los sueñan Reyes, y grandes Señores, como se colige del doctísimo, y admirable Propercio en estos versos:

*Nec tu sperne piis venientia somnia portis,*

*Cum pia venerunt somnia pondus habent.*

Dígolo á proposito, que tengo por caido

TOM. I.

A

del cielo uno, que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo qual fue causa de soñar que veía un tropel de visiones. Y aunque en casa de un Poëta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun por sueños), le hubo en mí por la razon que da Claudiano en la Prefacion al libro segundo del Rapto, diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de dia. Y Petronio Arbitro dice:

*Et canis in somnis leporis vestigia latrat.*

Y hablando de los Jueces:

*Et parvulo cernit inclusum corde tribunal.*

Parecióme, pues, que veía un mancébo, que discurriendo por el ayre, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el són obediencia en los mármoles, y oidos en los muertos: y así al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos, que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fue breve), ví á los que habian sido Soldados, y Capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgandola por seña de guerra: á los Avarientos, con ansias, y congojas, rezelando algun rebato: y los dados á vanidad, y gula, con ser áspero el són, lo tuvieron por cosa de sarao, ó

caza. Esto conocia yo en los semblantes de cada uno, y no ví que llegase el ruido de la trompeta á oreja, que se persuadiese á lo que era. Despues noté de la manera que algunas almas huían, unas con asco, y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: á quál faltaba un brazo, á quál un ojo; y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia, en que estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas, ni los miembros de los vecinos. Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que ví á un Escribano, que no le venia bien el alma, y quiso decir que no era suya, por descartarse de ella. Despues ya que á noticia de todos llegó que era el dia del juicio, fue de ver como los luxuriosos no querian que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí: los maldicientes las lenguas: los ladrones, y matadores gastaban los pies en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, ví á un Avariento, que estaba preguntando á otro (que por haber sido embalsamado, y estar lexos sus tripas no hablaba, porque no habian llegado si habian de resucitar aquel dia todos los enterrados, si resucitarian unos bolsones suyos? Ríerame, si no me lastimára á otra parte el afan con que una

gran chusma de Escribanos andaba huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones, que por descuido no fueron los mas. Pero lo que mas me espantó fue ver los cuerpos de dos, ó tres mercaderes, que se habían vestido las almas del revés, y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veía todo esto de una cuesta muy alta, quando oí dar voces á mis pies, que me apartase; y no bien lo hice, quando comenzaron á sacar la cabeza muchas mugeres hermosas, llamándome descortés, y grosero, porque no había tenido mas respeto á las damas (que aun en el infierno estan las tales, y no pierden esta locura.) Salieron fuera muy alegres de verse gallardas, y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luego conociendo que era el día de la ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos mas entretenidos. Una, que había sido casada siete veces, iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra de ellas, que había sido pública ramera, por no llegar al valle, no hacía sino decir que se le habían olvidado las muelas, y una ceja, y volvía, y deteniase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fue tanta

la gente de los que había ayudado á perder, y que señalandola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndola que aquella no era gente de cuenta, aun en aquel día. Divirtiome de esto un gran ruido, que por la orilla de un rio venia de gente en cantidad, tras un Médico, que despues supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que había despachado sin razon antes de tiempo, y venian por hacerle que pareciese; y al fin, por fuerza le pusieron delante del Trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno, que nadaba, y ví un Juez, que lo había sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacía muchas veces. Llégume á preguntarle por qué se lavaba tanto? Y dixome que en vida, sobre ciertos negocios se las habían untado; y que estaba porfiando allí, por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legion de verdugos con azotes, palos, y otros instrumentos, cómo traían á la Audiencia una muchedumbre de Taberneros, Sastres, y Zapateros que de miedo se hacían sordos; y aunque habían resucitado, no querían salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban al ruido sacó un Abogado la cabeza, y preguntóles que adónde iban? Y res-

pondiéronle : Al Tribunal de Radamanto ; á lo qual , metiéndose mas adentro , dixo : Esto me ahorraré de andar despues , si he de ir mas abaxo. Iba sudando un Tabernero de congoja , tanto , que cansado se dexaba caer á cada paso , y á mí me pareció que le dixo un verdugo : Harto es que sudeis el agua , y no nos la vendais por vino. Uno de los Sastres , pequeño de cuerpo , redondo de cara , malas barbas , y peores hechos , no hacia sino decir : Qué pude hurtar yo , si andaba siempre muriéndome de hambre ? Y los otros le decian ( viendo que negaba haber sido ladron ) qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores , y capeadores públicos , que andaban huyendo unos de otros , y luego los verdugos cerraron con ellos , diciendo que los salteadores bien podian entrar en el número , porque eran á su modo Sastres silvestres , y monteses , como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros ; y al fin juntos llegaron al valle. Tras ellos venia la Locura en una tropa , con sus quatro costados , Poëtas , Músicos , Enamorados , y Valientes , gente en todo agena de este dia : pusieronse á un lado , andaban contándose dos , ó tres Procuradores las caras que tenian , y espantábanse que les sobrasen tantas , habiendo vivido

descaradamente. Al fin ví hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia , y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo , hermoso para los unos , y enojado para los otros : el Sol , y las Estrellas colgando de su boca : el viento tullido , y mudo : el agua recostada en sus orillas : suspensa la tierra , temerosa , en sus hijos de los hombres. Algunos amenazaban al que los enseñó con su mal exemplo peores costumbres. Todos en general pensativos. Los piadosos , en qué gracias le darian , cómo rogarian por sí : y los malos en dar disculpas. Andaban los Procuradores mostrando en sus pasos , y colores las cuentas que tenian que dar de sus encomendados , y los verdugos repasando sus copias , tarjas y procesos. Al fin todos los defensores estaban de la parte de adentro , y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta , tan angosta , que los que estaban á puros ayunos flacos , aun tenian algo que dexar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las Desgracias , Peste , y Pesadumbres , dando voces contra los Médicos. Decia la Peste que ella los habia herido ; pero que ellos los habian despachado. Las Pesadumbres que no habian muerto ninguno sin ayuda de los Doctores : y las Desgracias que

todos los que habian enterrado, habian ido por entrambos. Con eso los Médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos. Y así, aunque los necios decian que ellos habian muerto mas, se pusieron los Médicos con papel, y tinta en un alto, con su arancel, y en nombrando la gente, luego salia uno de ellos, y en alta voz decia: Ante mí pasó, á tantos de tal mes, &c.

Pilatos se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver cómo se entraban algunos pobres entre media docena de Reyes, que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los Sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desaforado de ceño; y alargando la mano, dixo: Esta es la carta de exâmen. Admiráronse todos: dixerón los porteros, que quién era? y él en altas voces respondió: Maestro de esgrima exâminado, y de los mas diestros del mundo; y sacando unos papeles del pecho, dixo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronsele en el suelo por descuido los testimonios, y fueron á un tiempo á levantarlos dos Furias, y un Alguacil, y él los levantó primero que las Furias. Llegó un Abogado, y alargó el brazo para asirle, y meterle dentro; y él, retirandose, alargó el suyo, y dando un salto, dixo: Es-

ta de puño es irreparable; y pues enseñó á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasáran por Médicos malos: si me quereis probar, yo daré buena cuenta. Riéronse todos, y un Oficial algo moreno le preguntó, qué nuevas tenia de su alma? Pidiéronle no sé qué cosas, y respondió que no sabia tretas contra los enemigos de ella. Mandáronle que se fuese; y diciendo: Entre otro, se arrojó. Y llegaron unos Despenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venia la trulla, dixo un Ministro: Despenseros son; y otros dixerón: No son; y otros: Sison; y dióles tanta pesadumbre la palabra sison, que se turbaron mucho. Con todo pidieron que se les buscasse su Abogado: y dixo un verdugo: Ahí está Judas, que es Apóstol descartado. Quando ellos oyeron esto, volviéndose á otra Furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dixerón: Nadie mire, y vamos á partido; y tomamos infinitos siglos de fuego. El verdugo, como buen jugador, dixo: Partido pedis? no teneis buen juego. Comenzó á descubrir; y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces, como venian tras de un malaventurado Pastelero, no se oyeron jamas de hom-

bres hechos quartos; y pidiéndole que declarase en qué les habia acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles: y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de qualquier estómago en que se hallasen. Dixeronle si queria ser juzgado, y respondió que sí, á Dios, y á la ventura. La primera acusacion decia no sé qué de gato por liebre: tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos: tanto de oveja, y cabra, caballo, y perro; y quando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos mas animales que en el Arca de Noé (porque en ella no hubo ratones, ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas, y dexóles con la palabra en la boca. Fueron juzgados Filósofos, y fue de ver cómo ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvacion. Mas lo de los Poëtas fue de notar, que de puro locos querian hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides Musæ*, diciendo que era el nacimiento; mas saltó un verdugo, y dixo no sé qué de Mecenas, y Octavia, y que habia mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traía por ser dia de mas fiesta: y contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como mas antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á

hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demas, por hacerseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un Avariento á la puerta, y fue preguntado qué queria, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los habia guardado; y él dixo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dixo que él solo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dixo que aun jurando falsamente, siempre habia sido por muy grande interes; y que así no habia sido en vano. Guardar las fiestas: Estas, y aun los dias de trabajo guardaba, y escondia. Honrar padre, y madre: Siempre les quité el sombrero. No matar: Por guardar esto no comia, por ser matar la hambre comer. De mugeres: En cosas que cuestan dineros, ya está dicho. No levantarás falso testimonio. Aqui, dixo un verdugo, es el negocio, Avariento, que si confiesas haberle levantado, te condenas; y si no, delante del Juez te levantarás á tí mismo. Enfadóse el Avariento, y dixo: Si no he de entrar, no gastemos tiempo (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fue llevado adonde merecia. Entraron en esto muchos ladrones, y salvaronse de ellos algunos ahorca-

dos. Y fue de manera el animo, que tomaron los Escribanos, que estaban delante de Mahoma, Lutero, y Judas, (viendo salvar ladrones) que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los Procuradores comenzaron á esforzarse, y á llamar Abogados.

Dieron principio á la acusacion los verdugos, y no la hacian en los procesos que tenian hechos de sus culpas, sino con los que ellos habian hecho en esta vida. Dixeron lo primero: Estos, Señor, la mayor culpa suya es ser Escribanos. Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularian algo) que no eran sino Secretarios. Los Abogados comenzaron á dar descargo, que se acabó en: Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo. Al fin se salvaron dos, ó tres, y á los demas dixeron los verdugos: Ya entienden. Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban alli para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba testigos, y repartia orejas de lo que no se habia dicho, y ojos de lo que no habia sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y ví á Judas, á Mahoma, y á Lutero recatar de esta vecindad, el uno la bolsa, y el otro el zancarron. Lutero decia: Lo mismo ha-

go yo escribiendo. Solo se lo estorvó aquel Médico que dixes, que forzado de los que le habian traído, parecieron él, un Boticario y un Barbero; á los quales dixo un verdugo, que tenia las copias: Ante este Doctor han pasado los mas difuntos, con ayuda de este Boticario, y Barbero, y á ellos se les debe gran parte de este dia. Alegó un Procurador por el Boticario, que daba de valde á los pobres; pero dixo un verdugo, que hallaba por su cuenta, que habian sido mas dañosos los botes de su tienda, que diez mil de pica en la guerra; porque todas sus medicinas eran espurias, y con esto habian hecho liga con una peste, y habia destruido dos Lugares. El Médico se disculpaba con él, y al fin el Boticario se desapareció: y el Médico, y el Barbero andaban á daga mis muertes, y toma las tuyas. Fue condenado un Abogado porque tenia todos los derechos con corvas, quando descubierto un hombre, que estaba detras de este á gatas, porque no le vieses, y preguntando quién era? dixo que Cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó: Farandulero es el señor; y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay. Juró de irse, y fuese sobre su palabra. En esto dieron con muchos Taberneros en el puesto, y fueron acusados de que habian muerto mucha

cantidad de sed á traicion , vendiendo agua por vino. Estos venian confiados en que habian dado á un hospital siempre vino para los sacrificios; pero no les valió , ni á los Sastres decir que habian vestido niños ; y asi todos fueron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres, ó quatro extrangeros ricos , pidiendo asiento ; y dixo un Ministro : Piensan ganar en ellos ? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta , y no hay donde se asienten , porque han quebrado el banco de su credito. Y volviéndose á Júpiter, dixo un Ministro : Todos los mas hombres , Señor , dan cuenta de lo que es suyo; mas estos de lo ageno, y todo. Pronuncióse la sentencia contra ellos : yo no la oí bien ; pero ellos desaparecieron. Vino un Caballero tan derecho, que al parecer queria competir con la misma Justicia, que le aguardaba : hizo muchas reverencias á todos , y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traía un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenia cabeza. Preguntóle un Portero , de parte de Júpiter , si era hombre ? y él respondió con grandes cortesías, que sí, y que por mas señas se llamaba Don Fulano, á fe de Caballero. Rióse un Ministro , y dixo: De codicia es el mancebo para el infierno. Preguntáronle qué pretendia ? y respondió : Ser sal-

vado, y fue remitido á los verdugos para que le moliesen ; y él solo reparó en que le ajarian el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo : Aunque las doy , no tengo mal pleyto , que á quantos simulacros hay , ó á los mas, he sacudido el polvo. Todos esperaban ver un Diocleciano, ó Neron, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un Sacristan que azotaba los retablos : y se habia con esto ya puesto en salvo, sino que dixo un Ministro, que se bebia el aceyte de las lamparas, y echaba la culpa á una lechuzza; por lo qual habian muerto sin ella : que pellizcaba de los ornamentos para vestirse : que heredaba en vida las vinageras, y que tomaba alforzas á los officios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas, que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dixo un Procurador á Vesta, que habian sido devotas de su nombre aquellas, que las amparase ; y replicó un Ministro , que tambien fueron enemigas de su castidad. Sí por cierto , dixo una , que habia sido adultera ; y el demonio la acusó que habia tenido un marido en ocho cuerpos : que se habia casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola , y iba diciendo Oxalá supiera que me habia de conde-



nar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras! En esto, que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma, y Martin Lutero; y preguntando un Ministro cuál de los tres era Judas? Lutero, y Mahoma dixeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto, que dixo en altas voces: Señor, yo soy Judas, y bien conocéis vos que soy mucho mejor que estos, porque si os vendí, remedí al mundo, y estos vendiéndose á sí, y á vos, lo han destruido todo. Fueron mandados quitar de delante; y un Abogado, que tenia la copia, halló que faltaban por juzgar los malos Alguaciles, y Corchetes. Llamáronles, y fue de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dixeron: Aqui lo damos por condenado: no es menester nada. No bien lo dixeron, quando cargado de astrolabios, y globos, entró un Astrólogo dando voces, y diciendo que se habian engañado, que no habia de ser aquel dia el dia del juicio, porque Saturno no habia acabado sus movimientos, ni el de trepidacion el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera, y papel, le dixo: Ya os traeis la leña con vos, como si supierades, que de quantos Cielos habeis tratado en vida estais de manera, que por la falta de cada uno solo, en muerte os iréis al infierno. Eso no iré yo, dixo él.

Pues llevaros han: y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia, y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el ayre con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el Cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle; y discurriendo por él, oí mucho ruido, y quejas en la tierra. Llegúeme por ver lo que habia, y ví en una cueva honda (garganta del Averno) penar muchos; y entré otros, un Letrado, revolviendo, no tanto leyes, como caldos: un Escribano, comiendo solo letras, que no habia querido solo leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas, ó tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos, y alfileres, con Alguaciles: un Avariento contando mas duelos que dineros: un Médico pensando en el orinal, y un Boticario en una melecina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fue mucho quedar de tan triste sueño mas alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vuesa merced sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.